

Sólo entrarán, si á sus votos accedo
y oiste ya que en las puertas quedaron...

Doña Jimena atiende á sostener á Doña Sol, que no logra disimular la dolorosa emoción que la combate.

Tu hermana Elvira anda errante... y ya, acaso,
no esté en mi mano hacer don de la suya...;
Tú eres la sola esperanza que guardo
de perpetuar privilegio en mi sangre.
¡Por tí entrará realeza en mi casa
y llevará corona en tus hijos!

Poco á poco va degenerando el raptó de Cid, en una especie de ternura senil. La obsesión real se hace ligeramente maniaca. El actor marcará la transición con sobriedad y sin saltos.

Sangre del Cid y sangre de reyes,
se han de juntar en tus hijos... ¡Oh, pueda
besar yo, un día, su frente menuda
y luego... y luego... ¡Qué haría en la tierra?
¡Baje á mi brazo el supremo descanso!

Se acerca más; hace por tomarla en sus brazos.

¡Sol, hija Sol! Todavía te miro,
y dudo, y quiero creerlo, y no puedo...
¿no le darás á tu padre este día?...
Junto á *su cuna*, estará mi armadura
y él me verá, con los ojos dormidos,
que andaré hurtado y esquivo en el día,
porque no vea en mis trazos comunes

la pequeñez de mi Casa infanzona...
Tú le hablarás de mis hechos, tan solo...

Doña Sol, para llorar, busca el pecho de su madre.

DOÑA JIMENA

Rodrigo, atiende que está desvahida
y la emoción la atormenta, y tú mismo
con tu emoción la que tiene le doblas...

CID

¡Santa emoción que ha venido sobre ella
al mismo tiempo que el óleo sagrado!
¡Santa emoción de pisar unas gradas,
desde las cuales otea su reino!

DOÑA JIMENA

Para esta frente de lirio, Rodrigo,
¡qué duro peso el de una corona!

CID

¡Jamás! que lleva mi sangre en sus venas.

DOÑA JIMENA

Lleva la mía también.

CID

Violento; luego, poco á poco, tierno, senil.

Habla, entonces;
el plazo es cortó y tu voto preciso:
¿no oyes al lejos un son de clarines?
A un gesto mío en el muro, las puertas
paso darán á los Reyes! sus lanzas
se humillarán saludando á mi Alcázar,
y el de Navarra, llegando á tus manos,
pondrá á tus pies su corona cristiana...
Ahora habla: olvida que soy yo quien oye:
habla, responde, hija Sol, dí qué piensas:
dime «no quiero» y la misma vergüenza
cerrará el paso al dolor en mi alma.
Pasará inútil esta hora suprema:
al de Navarra diré: «No es Castilla
tierra de Reyes, como en otro tiempo...»
Yo seguiré con mi lanza en el puño,
ahondando... ahondando en la tierra hasta hacerme
un hueco en ella... en que quepan mis restos,

Sacudiendo con súplica tiernísima á su
hija por el brazo.

¡Habla, hija mía, no llores; responde!

DOÑA SOL

Descompuesta, echándose en brazos de
su padre.

¡Padre! ¡Mi padre! ¡Oh, qué dura es la vida!

¡Yo no pedía coronas de reinos!
¡Lo dije ya, aquella noche, en el bosque,
que era mi pena mayor no haber muerto!

Los brazos del Cid, que la tenían cogida,
caen con desaliento; la mirada del héroe
toma una fijeza de agónico; con una mano
se suelta de los brazos de su hija, que re-
cogerá Doña Jimena.

CID

¡Así... y que Dios te lo pague, hija mía!

Suenan á lo lejos, pero precisos, los cla-
rines de los Reyes.

¡Téllez! ¡Minaya! ¡Cerradme esas puertas!

Violentamente se tapa las orejas.

¡Que no oiga más ese son de clarines!

Rugiendo y sollozando.

¡Y ahora comienza á arruinarte mi Casa!

DOÑA SOL

En un arranque, corriendo á él.

¡Padre! ¿Y dudaste de tu hija un momento?
Cuando me has dado entera tu vida
¿quieres que yo no te entregue la mía?
¿Piensas que lloro por mí? Yo estoy hecha
al sufrimiento y me queda ya poco:

que mi dolor lo compense tu gozo,
que el sacrificio el deber lo haga menos:
yo ya renuncio á mi dicha: quisiera
ser cosa muerta en las manos de todos
y no hacer bien ni hacer mal á nadie:
mi corazón yo no quiero regirlo
que el darlo es duro y es duro negarlo:
tómalo, padre, y haz de él lo que quieras...
Madre... y tú, Téllez... tenedme... Recojo

Da á cada uno una mano; ambos la sostienen.

de lo que queda en mi amor, lo más santo,
para ofrecértelo, padre: soy tuya:
ahora, tú, di qué he de hacer: yo consiento.

Téllez baja la frente; la mano conque estrechaba la de Doña Sol, cae desplomada.
Doña Sol se refugia en su madre.

CID

Corriendo á ella, transfigurado, en transporte.

¿Consientes, hija? ¡Hija mía! ¿Consientes?
—¿Y lo escucháis, sin caer de rodillas,
Téllez, Minaya?... —¿Y yo mismo no caigo
que quiero ser tu vasallo primero?

Se arrodilla torpemente á los pies de su hija.

DOÑA SOL

¡Padre!

CID

No, deja, ¡si así me descanso!
¡Si desde mozo esperaba este instante
y hasta hoy no pude doblar la rodilla!
Sean alfombra en tu trono mis barbas
que no ha tocado persona nacida;
yo empleo en tí la humildad de un vasallo
que no ha tenido señor todavía...
Seré en tu casa el último siervo;
dame esta mano real; que acaricie
un solo instante mis sienes de viejo;
ahora, en secreto; á hurtadillas de todos...
¡No, no miréis!... que bien puedo... ¡es mi hija!
¡es mía... mía... y le he dado la vida!
¡Y viene un Rey á hacérmela Reina!

Le coge y le abraza las manos en honda humillación y cariño.

DOÑA SOL

¡Padre!

Luchando por levantarle.

MINAYA

¡Señor, en el muro os aguardan!

Como volviendo de un sueño; frotándose los ojos; irguiéndose.

Es cierto. — ¡Atrás!

Por las puertas. Minaya la abre. Transición.

¡Todavía mis labios
han de decir el mandato postrero!

Sale. Minaya le sigue.
Téllez, Doña Jimena y Doña Sol, cambian al quedar solos una mirada de dolor.

DOÑA SOL

Madre...

TÉLLEZ MUÑOZ

Jimena.

DOÑA JIMENA

Con irresistible impulso, obligándoles a abrazarse.

¡Oh, venid, hijos míos!
Sólo una vez... ¡una sola!... ¡abrazáos!...
Así... ¡Y que Dios me perdone... y me mate
porque no os vea vivir doloridos!

TÉLLEZ MUÑOZ

Dominándose el primero.

¡Oh, no! ¡Vivid para ella, Jimena!
Yo esconderé mi dolor, os lo juro:

yo os daré fuerzas en vuestra amargura:
la seguiremos los dos á su reino;
las manos tuyas no son para un cetro
y el pesó aquel ha de hacerles herida!

Con una infinita ternura, con una fe tenaz, firmísima, dirigiéndose á Doña Sol.

Aunque jamás seais mía... ¿quién puede
del alma mía arrancar mi cariño?
Aunque los hombres aquí nos separen,
¿no puede siempre juntarnos la muerte?

DOÑA SOL

Y yo he de ir á pedirselo pronto.

Desfallecida se deja caer en un sillón.

TÉLLEZ MUÑOZ

¿Qué tenéis?

DOÑA SOL

Nada: el agobio, la pena...
¿No respiráis una angustia en el aire?

TÉLLEZ MUÑOZ

Mío Cid es duro: golpea la vida
hasta el instante final con su lanza:
¡forja el destino, á su gusto, en el yunque!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY

¡Así termine en descanso su obra,
y así no tome venganza la vida!

CID

En el momento en que Téllez Muñoz con el alma desgarrada se dispone á salir, entra nuevamente el Cid, quien grita á unos servidores que le siguen.

Poned aquí los paños de oro
y la almofalla y aquellos pendones
que gané á un Conde y llenadme la tierra
de los presentes de reyes cautivos.

Los servidores cumplirán la orden, transformando en trono regio el sillón indicado.

DOÑA SOL

¡Padre!...

CID

Ya está... Ya hice seña en el muro,
y con su séquito llegan entrambos.
Sólo una cosa me añubla el momento,
que el de Aragón partirá sin Elvira.

A punto que el Cid se acerca á su hija se abre bruscamente la puerta lateral; entra un tropel de gente invadiendo el salón; se oye una voz.

LA VOZ

¡El caballero que trae la tizona!

OTRA VOZ

¡Y lleva el pecho manchado de sangre!

CID

Deteniéndose, interrogando con ansiedad.

¿Quién es?... ¡Que vea! ¡Apartaos! ¡Responde!

DOÑA ELVIRA

Dentro aún.

¡Mío Cid!

CID

¡Su voz!... ¿Quién me llama?

Sostenida por Téllez Muñoz y Pero Ber múdez, entra Doña Elvira en escena con traje de combate, horriblemente pálida.

DOÑA JIMENA

¡Es Elvira!

DOÑA ELVIRA

¡Cid!... Esta vez no me mires ceñudo,
que, á fe, que bien os cumplí la promesa.

Entrega al Cid, después de besarla en la cruz, una espada.

CID

Reconociéndola.

¿Tú?... ¡Mi tizona!...

DOÑA JIMENA

¿Y hay sangre en tus manos?

Doña Jimena y Doña Sol, rodean á Doña Elvira, con caricias y ternura.

¡Hija, hija mía!

DOÑA SOL

Tu Sol te aguardaba.

DOÑA ELVIRA

Apoyándose en su madre y en su hermana, que la tiene cogida de las manos.

¡Ya os dije yo que, volviendo, traería
entre mis manos espada de fuego!

CID

Volviendo á la obsesión que le domina

¡Y aquí te aguarda corona de oro!

DOÑA ELVIRA

¡Oh, no!... ¡No es cierto! ¡Decid que no es cierto!

Que ya mi sien sostenerla no puede...
Entró la daga profunda en mi pecho...
Entró á segar la raíz de la vida...
Decid que no; ya no quedan coronas,
que ya mi sien no puede llevarlas.

Busca donde sentarse, desfallecida del
esfuerzo; el Cid señalando el trono que
acaban de disponer.

CID

¡Aquí, venid, que ya es silla de reina!

DOÑA ELVIRA

Al sentarse, ayudada por Doña Jimena y
Doña Sol.

¡Oh, moriré donde quise la vida!

Su cabeza se abate; gran silencio.

DOÑA SOL

¡Hermana!

DOÑA JIMENA

¡Elvira!

DOÑA ELVIRA

Sí, madre; contigo,
ahora soy tuya, que sufro.

DOÑA JIMENA

¡Hija mía!

CID

Con mirada ansiosa á la puerta.

¡Y ellos vendrán!...

DOÑA ELVIRA

Padre mío, si vienen,
 que le hagan honras á tu hija..., que ha muerto
 por el honor de su sangre y su casa...
 ¡No puedo!... ¡Madre..., tenedme! ¡Apretadme
 la mano... aquí..., sí, aquí, madre; la herida
 vuelve á sangrar... ¡Apretadla, estrujadla,
 que se me escapa la vida!... ¡Oh, no bastan
 manos de madre á cerrar esta puerta!
 ¡Oh, ya no queda esperanza!... ¡Apretadla...
 que llegan ya..., que les veo!... ¡Oh, dejadme!
 ¡Quiero avanzar... y salir á su encuentro!
 ¡Sí, son mis sienes...; llegad..., os espero!
 No, no podría..., tened..., es mi alma...
 paso..., ella sale..., acogedla...

Bruscamente dobla la cabeza; estrépito
 de clarines al pie del Alcázar.

HERALDO

Anunciando.

¡Los reyes!

CID

Que ha visto el gesto de su hija y ve caer
 sus brazos expirantes, dice en bruca transi-
 ción.

¡Reyes, destino fatal de mi casa!
 ¡Atrás, atrás, ó volvedme á mi hija!
 ¡No, no me escuchan... avanzan! Les sienten
 entrar aquí... ¡y me hielan la sangre!
 Llega la muerte, la reina de todos,
 ¡y ellos la traen! ¿Quién les abre camino?
 Vendí la vida al fatal privilegio...
 Ya, si los moros ocupan Valencia,
 solo saldrá á combatir mi cadáver...

Aparecen los reyes en la puerta, vestidos
 de hierro, caladas las celadas; impenetra-
 bles como el destino fatal. El trágico cuadro
 les impide avanzar.

TELON

Ffecho: dat nos del vino si non tenedes dineros...

(POEMA DEL CID. V. 3734).

DEL MISMO AUTOR

VERSOS

ODAS.

LAS VENDIMIAS, POEMA GEÓRGICO.

EGLOGAS.

ELEGIAS.

VENDIMION, POEMA.

CANCIONES DEL MOMENTO.

TIERRAS DE ESPAÑA, EN PRENSA.

TEATRO

EL PASTOR, POEMA DRAMÁTICO.

BENVENUTO CELLINI, BIOGRAFÍA DRAMÁTICA.

LAS HIJAS DEL CID (PREMIO DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA)

LEYENDA TRÁGICA.

DOÑA MARÍA LA BRAVA, SEGUNDA EDICIÓN.

EN FLANDES SE HA PUESTO EL SOL (PREMIO DE LA REAL
ACADEMIA ESPAÑOLA), TERCERA EDICIÓN.

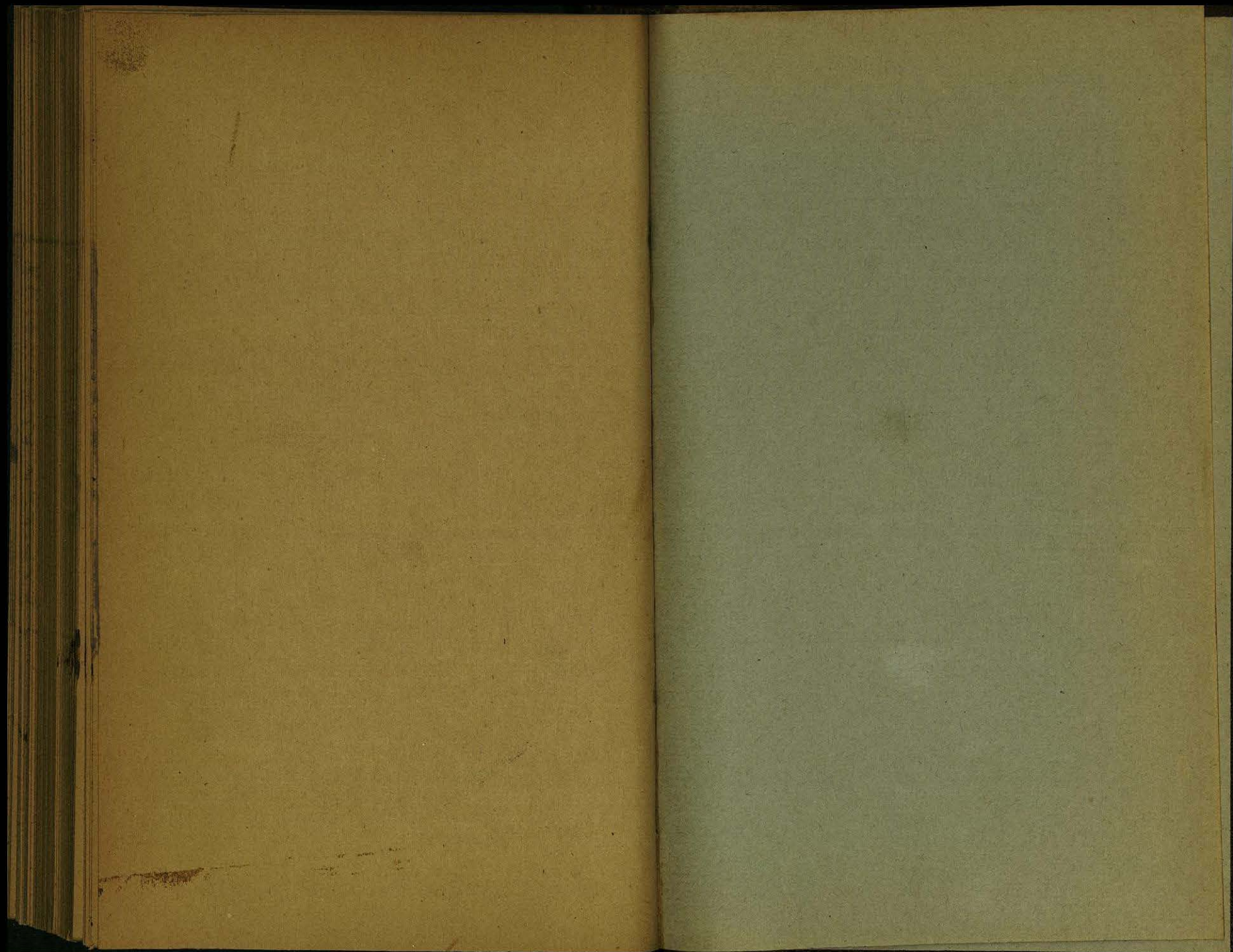
LA ALCAIDESA DE PASTRANA, AUTO TERESIANO EN UNA JORNADA.

EL REY TROVADOR, TROVA DRAMÁTICA, EN CUATRO ACTOS, EN
VERSO.

NOVELA

ALMAS ANÓNIMAS.

LAS DOS VIDAS, EN PREPARACIÓN.



70

PG
.A
H6